
DESCUBRIR LA COMUNIDAD DE FE

I. (*) Para seguir siendo cristiano, hay que llegar a ser discípulo.- Para llegar a ser discípulo, hay que vivir la propia fe en comunidad de fe.- Para que los cristianos sean capaces de reunirse en nombre de Jesús, deben descubrir las condiciones de su propia existencia no filosofando sino por esfuerzo de interioridad.- Esta toma de conciencia existencial crea una primera comunidad básica entre las personas, y la exige para poderse desarrollar en profundidad.- La comunidad de fe en Jesús se injerta en una comunidad de base así.- Trascendencia de la comunidad de fe en Jesús.- La renovación de la Cena es la clave de bóveda de la comunidad de fe.- La Cena en la comunidad de fe en Jesús.- La comunidad de fe y la parroquia.- El trabajo de formación intelectual y espiritual en la comunidad de fe.- Pertenecer a una comunidad de fe es exigente.

I

Para seguir siendo cristiano, hay que llegar a ser discípulo

Bajo la presión de las sociedades modernas y de su poder sobre las personas, la Iglesia se va viendo desposeída de los medios de acción de que disponía antaño; condenada, en adelante, a perder todo poder político propiamente dicho, en todas partes y en un futuro no muy lejano. Desgraciadamente, estas perspectivas no la llevan a descubrir, o más bien a abrazar resueltamente, su forma de ser, que es esencial para ella, que la haría singular y única en el mundo, con lo cual éste reconocería que es necesaria e irremplazable. Por el contrario, permanece presa de la nostalgia de la casi soberanía absoluta de siglos pasados, cuya sombra se esfuerza en perpetuar.

Justo cuando tendría que tener un espíritu creativo y alerta, para purificarse, volver a ser joven e ir hacia delante, no sabe desprenderse

(*) Este texto es la primera parte de «Descubrir la comunidad de fe» (cap. VII de *Mutation de l'Église et conversion personnelle*, París, 1975).

de esta especie de melancolía que le pesa como un lastre y le hace conservar lo mejor y lo peor dentro de sí, de forma sistemática e indistinta. ¿No sería ahora el momento de reconocer a qué peligros se expuso y en qué tentaciones cayó sin quizá saberlo demasiado? ¡Qué audiencia renovada y fecunda le daría su indigencia si la viviese con fe, conforme con lo que de veras le conviene! Para cumplir su misión, la Iglesia, lo acepte o no, no tiene más remedio que entregarse por entero a la fidelidad de una fe que esté cada vez más enraizada en la profundidad humana, de donde extrae misteriosamente su savia; y, además, cada vez más fundada, explícita y únicamente, en lo que pasó entre Jesús y sus discípulos hace veinte siglos.

Esta trascendencia respecto de toda doctrina, este fundamento humano, esta inteligencia espiritual harán que la fe sea cada vez más exigente en la forma de comunicarse y de ser recibida. Para ser un cristiano que no se contenta con dejarse llevar por su Iglesia sino que, al contrario, contribuye activamente a la fidelidad de ésta a su misión, siempre ha habido que ser discípulo y que dejarse inspirar por el espíritu de Jesús merced a una intelección, siempre en desarrollo, del mensaje del Evangelio, de su profundidad humana y de su universalidad. No obstante, nunca como ahora se había hecho tan patente esta necesidad pues, a partir de ahora, como en los primeros tiempos, hará falta una verdadera conversión para ser cristiano.

Esta conversión es difícil porque los tiempos actuales, todavía con la euforia (sin duda precaria) de una ciencia triunfante y de una sociedad de la abundancia, son extraordinariamente desfavorables, a la profundización personal que se necesita incluso para permanecer en pie y no verse derribado como hombre, porque fomentan la exteriorización, la dispersión y el materialismo groseramente ateo. En efecto, en la actualidad, para no perder el gusto de vivir, para no dejarse llevar por la incesante persecución de la satisfacción de necesidades que la sociedad multiplica a su antojo, y para no ver tampoco sucumbir paulatinamente las propias convicciones en el nihilismo o en la inconsistencia de las opiniones que se reciben desde fuera, hay que reaccionar contra todo tipo de seducciones y de presiones colec-

tivas y acceder a una interioridad verdadera y descubrir el fundamento mismo del propio modo de ser, gracias a una iniciativa y vigor personales.

También es difícil hoy ser discípulo porque hay que liberar la personalidad de Jesús no sólo de una concepción (todavía generalizada) que hizo de él un ser hierático, más divino que humano, sino también de una concepción de la divinidad hecha a la medida de los razonamientos, imaginaciones y sentimentalidades del pasado, que ya no cuadran ni con la mentalidad ni con los conocimientos modernos. Esta concepción de antaño permitió en su tiempo, aunque gracias sobre todo a los recursos espirituales de los individuos, que algunos llegaron al amor de discípulo, que conocieron, primero, los judíos que experimentaron y reconocieron la irradiación que emanaba de la humanidad de Jesús. No obstante, esta concepción es cada vez más incapaz de hacer lo mismo ahora. Aunque sostiene con fuerza la realidad de la humanidad de Jesús y se defiende contra todo «docetismo», no atribuye, a dicha humanidad, el lugar capital que debería tener. Por eso el cristiano, en la práctica, se siente inclinado a ver, en Jesús, más al Dios que al hombre, a pesar de que la misma doctrina del Evangelio indica que la vía de progresar en el descubrimiento de Dios es a través del conocimiento del hombre que fue Jesús.

Para ser discípulo ahora que se conocen mejor las condiciones en que se formaron las Escrituras, cada uno tiene que abrirse un camino para sí que no puede ser sino personal y, en cierta manera, único a fin de descubrir a Jesús más allá de lo que dijo e hizo y también, en cierta forma, a pesar de lo que nos aportan las Escrituras al respecto. Las Escrituras están necesariamente muy marcadas por el temperamento y las preocupaciones de sus autores, por más que broten de la fe de los discípulos y de las primeras iglesias, y por más que tengan un fundamento en la historia. En ellas apuntan ya inicios de doctrina, y abundan desarrollos apologeticos adecuados a su tiempo, pero también limitados por él. El acontecimiento sobrepasaba demasiado a aquellos hombres para que pudiesen relatar con exactitud, en la medida de lo humanamente posible, quién era Jesús en su dimensión

íntima. ¿No es ésta la consecuencia ineluctable de su trascendencia, que ellos mismos reconocieron y afirmaron?

Para alcanzar a Jesús en lo que hay de universal y de divino en él y en sus comportamientos que, aun siendo excepcionales, no dejan de ser de una época y de un lugar, es indispensable acceder a una profundidad humana a la que sólo se llega a través de la experiencia que da una vida fuerte, llena de búsqueda y de fidelidad, e inspirada de antemano en el espíritu de las Bienaventuranzas.

Para ser discípulo, hay que vivir la propia fe en comunidad de fe

Las primeras generaciones de cristianos comprendieron en seguida que necesitaban vivir en comunidad, no sólo para resistir a las presiones y agresiones judías y paganas sino también para crecer en la fe e irradiarla. Los cristianos deben descubrir de nuevo esto mismo en la actualidad. Sólo los que comprendan la imperiosa necesidad de vivir su fe en comunidad podrán seguir siendo creyentes, pese a todo lo que se opone; y ser asimismo, cada uno en su lugar, útiles e indispensables obreros de la mutación necesaria en la Iglesia para que ésta cumpla su misión en la actualidad. Esforzarse por revivir juntos, en lo posible, el grupo fraterno cuyo centro fue Jesús y que ayudó, a los discípulos y al mismo Jesús, a ser lo que llegaron a ser; y reencontrar juntos, bajo modalidades renovadas porque los tiempos son otros, la fecundidad interior y la irradiación exterior de las primeras comunidades.

La parroquia actual no es, en un sentido verdadero, una comunidad de fe. No puede serlo porque, para empezar, el número de feligreses impide el conocimiento mutuo, las relaciones reales y, aún más, los intercambios en el plano de la vida espiritual y de la fe. Sin duda, los cristianos de los pueblos pequeños se conocen mejor gracias a una forma de vida parecida, a una estabilidad de generaciones y a una frecuentación cotidiana. Sin embargo, no forman sino una colectividad coherente que sólo en contadas ocasiones alcanza el nivel de una comunidad de fe. Nunca se les ha ayu-

dado y ni siquiera invitado a ello a pesar de que se les ha hablado tanto de la caridad; y, cuando se reúnen los domingos en misa, no es para compartir ni su vida espiritual ni una indagación común en torno a la fe, a pesar de no ser esto numéricamente imposible, como en las ciudades. Se limitan a asistir pasivamente al culto que se les propone, igual que los adeptos de otras iglesias y religiones. Escuchan el sermón con un silencio efecto de la rutina. No pretenden asimilar la «palabra de Dios» que se les quiere enseñar a toda costa. No debaten entre sí para ver el alcance práctico y cotidiano de esta «palabra», ni para abrirse a la interioridad a través de ella, ni para descubrir a su luz el sentido de su existencia y fortalecer la fe mediante una intelección mayor de quién fue Jesús y de cómo comenzó y qué fue y es la Iglesia.

No cabe duda ⁽¹⁾ de que Jesús, a partir de su fe en su propia misión y de una experiencia viva e intensa con sus discípulos, prometió a éstos su presencia en medio de ellos cuando se reunieran en su nombre tras su muerte. ¿Acaso no estaba ya más en ellos que ante ellos cuando les hablaba y ellos le escuchaban como no lo habían hecho antes, en aquellas horas de gracia finales, en las que él y ellos no eran sino uno ante Dios, y de él salía una especie de fuerza que los habitaba y los revelaba a sí mismos, más allá de lo que entonces podían concienciar? Sólo más tarde lo comprendieron. Sus recuerdos, sostenidos por lo que Jesús había sido para ellos, movidos por él actuando en ellos, tenían la fecundidad de los encuentros de antaño.

Esta presencia invisible pero real; más objetiva que una realidad física que se ve y se toca, pero radicalmente interior; alcanzable en el fondo de sí cuando se penetra hasta ahí, es inimaginable para el que la ignora, incluso cuando alguien se esfuerza en hacérsela verosímil y en descubrirla a toda costa. La promesa de esta presencia, consignada en las Escrituras, funda, mejor que cualquier otro pasaje de los Evangelios, la comunión que tiene que ser la Iglesia.

(1) [Nota del E.] Prosiguen, en letra menor, unas páginas ya publicadas en el *Cuaderno de la Diáspora* 4, p. 35-47. Las reproducimos para que no haga falta ir

Para que los cristianos sean capaces de reunirse en nombre de Jesús, deben descubrir las condiciones de su propia existencia no filosofando sino por esfuerzo de interioridad

Era fácil que los primeros discípulos se reunieran en nombre de Jesús ya que habían vivido con él horas increíbles que los habían preparado poderosamente para hacerlo. Como bajo la acción de un fermento, sus recuerdos se desarrollaban paulatinamente, así como la claridad de su inteligencia y el fervor de su amor.

En adelante, para que los cristianos sean verdaderamente capaces de «reunirse en su nombre», para que vean que así se realiza la promesa que hizo Jesús cuando pensaba en lo que los suyos llegarían a ser cuando él los hubiese dejado, es preciso que estos hombres avancen, a lo largo de su vida, por los caminos que acercan a la profundidad humana; aquella que los primeros discípulos alcanzaron, vital si no explícitamente, gracias a la horas excepcionales vividas en comunión con el Maestro. No se trata sólo de reunirse un día determinado porque así lo prescribe la ley eclesiástica; ni tampoco de hacerlo por ser de la misma condición (edad, oficio, clase social, etc.), o de la misma educación y cultura, o por cooperar en una misma actividad (ni que sea excelente) bajo la enseña de una ideología común (social, política o incluso confesional). Una comunidad de fe cristiana debe estar injertada, necesariamente, en una comunidad de personas en camino hacia su humanidad a través de la conciencia creciente de su condición y destino, y, además, a través de la fidelidad en responder a esta conciencia y lucidez.

Para reunirse en nombre de Jesús de otro modo que de una forma colectiva, en ceremonias que no dejan de ser algo artificiales y ficticias por estar fuera de la vida real, hay que entrever antes, gracias a una verdadera interioridad, la parte consistente, estable y universal escondida en el fondo de sí, bajo todos los límites, de la propia historia y de la de los más cercanos (límites que están más allá del bien y del mal); hay que saber reconocer, debajo de las apariencias comunes, banales y cotidianas, el carácter único de uno mismo y de los otros, y captar la

seriedad que dicho carácter único comporta; hay que asumir la propia grandeza pese a las faltas irreparables, los fracasos definitivos y las degradaciones, de todo tipo y sin fin que son la consecuencia; hay que depositar, sin reticencia ni vértigo, la soledad fundamental y la carencia de ser de uno mismo; y, en fin, hay que haber penetrado en el plano de la existencia, más allá del de la vida (²).

No se trata de filosofar o de disertar de un modo general sobre la condición humana, o de desarrollar las implicaciones de tal antropología particular, ya sea de origen teológico o una extrapolación a partir de las ciencias humanas. Reflexionar de esta forma impersonal, como si no se tratara principalísimamente de uno mismo, sería huir de la pregunta que uno es para sí. En lugar de cargar con ella sobre sí como persona, y hacer que sea ella quien lo lleve a uno hacia el propio devenir, reflexionar de esta forma general sería condenarse a sí mismo a permanecer ajeno a la pregunta que uno es para sí. No obstante, pese a todo, esta pregunta, de una u otra forma, no deja nunca de ser un agujijón en carne viva. En lo íntimo, a solas con uno mismo y aunque no queramos reconocerlo, nunca nos engañamos del todo con las sistematizaciones que construimos para responder a dicha pregunta; ni tampoco nos hacemos ilusiones del todo, de poder escapar de ella protegiéndonos con alguna seguridad ideológica, tradicional, científica o unánimemente compartida.

No, no basta con medir los límites singularmente estrechos en los que se ejerce la libertad del hombre según las ciencias que tratan de hacerlo. Sin la existencia de esta libertad, estas ciencias, por rigurosas que fueran, estarían ellas mismas encerradas también, sin remedio, en la pura mecánica de un universo ineluctablemente cerrado sobre sí. No serían sino una mera consecuencia de los determinismos que ellas describirían.

Ciertamente, «por el nacimiento carnal impuesto, el hombre no es más que una miguita diminuta del universo, un ínfimo producto

(²) [N. del A.] Ver *El hombre en busca de su humanidad*, Madrid, AML, 2001, p. 91.

de la evolución cósmica. El mundo físico y él están cortados de una misma pieza. La brutalidad de la jungla se prolonga en la selva del inconsciente del hombre. Su subjetividad es la resultante de todos los determinismos, internos y externos, de los que él es el escenario, y de todas las sedimentaciones de su historia infantil», comenzada mucho antes de venir él al mundo ⁽³⁾. Y su subjetividad es una prisión tanto más hermética para él cuanto menos la reconoce como tal.

Muy al contrario, hay que descubrir en sí y para sí la zona, por estrecha que sea, en que uno es consciente y juzga tener una iniciativa personal, inalienable e irremplazable, dependiente e inseparable por completo de lo que él es, sin poder sin embargo justificarlo. El hombre debe reconocer y asumir la naturaleza única y la responsabilidad exclusiva de este juicio en el que está en juego su vida. Debe afirmar la posibilidad y la exigencia de esta iniciativa libre aunque, por ser precaria y discutible, uno mismo siempre se la cuestione cuando se mira a sí mismo como objeto, en lugar de captarse como sujeto.

Esta opción sería como una apuesta, que sería incierta mientras no llegase el veredicto del porvenir, si el hombre no descubriese, poco a poco, a lo largo del tiempo, que, en realidad, él se engendra a sí mismo a través de ella, por el movimiento íntimo que surge de su ser y que le hace tomar y mantener dicha opción. Este movimiento esencialmente personal, aun procediendo de su decisión, no depende únicamente de su razón. Desborda su razón del mismo modo que el hombre supera la conciencia que tiene de sí. Sin embargo, por este logro, que uno constata sin haberlo buscado especialmente, este movimiento se revela razonable, más allá de toda razón.

Mis actividades afectivas e intelectuales, tanto si sólo me conciernen a mí como si conciernen también a otros, individual o colectivamente, ¿agotan la totalidad de lo que soy, o hay en mí una realidad en acto que las engloba, que las suscita desde dentro, que se nutre

⁽³⁾ [Nota del A.] Este pasaje está sacado de las obras de Maurice Zundel.

de ellas oscuramente pero que, además, las trasciende? En el momento en que estas actividades se ejercen, son, es verdad, inseparables e indiscernibles de esta realidad mía que, poco a poco, les insufla y les confiere un espíritu y un sentido que no son, sin embargo, algo sobreañadido de forma premeditada. Este espíritu y este sentido, desarrollados a lo largo de la vida, no proceden de proyectos elaborados conscientemente y escogidos entre otros igualmente posibles. Son por esencia propios de estas actividades sólo porque ellas son mías. Ellos son, más aún que ellas, exclusivamente míos. Surgidos de mí, ¿no me constituyen para siempre, a partir de mis actividades informadas por ellos, como un fruto del mundo que madura durante mi vida presente, aunque el pasado lo haya preparado también lenta y pacientemente?

La parte que ignoro de la totalidad que yo soy, ¿se reduce a mi inconsciente; un inconsciente que hoy desconozco por falta de técnicas de introspección, pero que podría conocer en el futuro o que, en todo caso, si permaneciese rigurosamente inalcanzable en el futuro para mí, sería sólo porque nunca podría poner en práctica, de forma suficientemente avanzada y completa, los métodos convenientes? O, por el contrario, ¿no será que soy, por constitución, al margen del inconsciente que he heredado y cultivado sin saberlo, misterio para mí mismo, y yazgo por eso en una ignorancia estructural de mí mismo que, sin embargo, no llega hasta el punto de que yo la desconozca? Esta ignorancia, total sin ser absoluta, ¿es una insuficiencia radical, de la que no tengo nada que decir ni que deducir, y que sólo tengo que constatar; o, por el contrario, manifiesta una impotencia básica que, sin embargo, si acepto reconocer, se me propone como un signo en mí de un más allá de mí?

Todo lo que en mí no puedo razonar totalmente y por consiguiente tampoco transmitir, ni siquiera a los que son especialmente próximos para mí, ¿es sólo pura subjetividad aleatoria y transitoria; o, por el contrario, no soy, acaso, una interioridad inasequible para mí y con más razón incomunicable a cualquier otro; interioridad inmersa en la subjetividad enteramente, sometida a sus variaciones y saltos

imprevisibles pero, al mismo tiempo, que trasciende dicha subjetividad, camino de llegar, a través del tiempo, a una unidad estable y consistente? Interioridad que no es racionalmente explicitable; que ni siquiera es aproximadamente expresable; que no procede ni directa ni rigurosamente de ningún criterio objetivo, que no posee ninguna certeza, ni ninguna seguridad que le venga de fuera de ella misma, pues sólo su propio testimonio la asegura. Testimonio del que yo soy responsable, más allá de mi conciencia moral, por la totalidad de lo que soy; totalidad a la que dicho testimonio afecta de forma capital. Esta interioridad que es mía más que todo lo que es mío bien por haberlo conseguido bien por haber salido de mí, ¿no es, para mí, una realidad tan real o incluso más que lo que percibo y recibo del exterior o que lo que pienso y digo claramente?

¿Hay una ley razonada, de aplicación general, que formule por completo aquello a lo que debo someterme como cualquier otro para ser o, mejor, para llegar a ser un hombre? O, por el contrario, para alcanzar mi propia humanidad, ¿acaso no me veo empujado a observar unas exigencias íntimas que me llegan de más allá de lo que procede de la sola razón, aun si dichas exigencias se ayudan de ella para nacer; exigencias que me conciernen personalmente (a mí y no a otro), y que confieren, a la ley impuesta a todos por igual, el espíritu con el que debo, yo en particular, cumplirla? Este espíritu, por sus implicaciones, ¿puede llegar hasta hacerme rechazar, por fidelidad, algunos puntos determinados de dicha ley, en algunos casos concretos?

Asumo la responsabilidad de afirmar la existencia de estas exigencias íntimas que llevan en mí la marca del absoluto, así como la existencia de esta interioridad tan personal, en la que dichas exigencias nacen y a la que engendran si respondo a ellas, dentro del movimiento mismo por el que me afirmo que existo. Estas exigencias y esta interioridad son el corazón y los pulsos de mi vida espiritual; vida espiritual que, arraigada en mi inconsciente, sumergida en el misterio que yo soy, pone en acto mis potencialidades aún ocultas, a medida que me desarrollo en mi línea fundamental. Estas exigencias y esta interioridad son la manifestación de mi trascendencia frente a

los acontecimientos que encuentro, las pulsiones que padezco, lo que digo y hago, y lo que parezco y sé de mí. Esta reivindicación de todo mi ser, esta toma de conciencia de una experiencia íntima, ¿es sólo imaginación de una razón desajustada, mera ensoñación de una sentimentalidad loca? El hombre, en nombre de la razón, ¿no sería más que un ser de razón?

Esta toma de conciencia existencial crea una primera comunidad básica entre las personas y, además, la exige para poderse desarrollar en profundidad

Todas estas cuestiones son capitales. Se alzan imperiosas, de forma velada o claramente formulada, cualquiera que sea el nivel de conciencia y de cultura que se tenga, en las horas cardinales de la vida propia o de los más cercanos, o con ocasión de acontecimientos graves que sacuden en sus cimientos las bases sobre las que uno ha edificado su existencia; y no soportan ninguna respuesta definitiva que dispense o que impida que uno tenga que plantearse de nuevo, más adelante, en su brutalidad.

Estas cuestiones deberían estar, sin cesar, si no presentes en la mente, sí, al menos, a flor de conciencia, prontas a reaparecer a la menor ocasión. ¿Se puede ser hombre verdaderamente sin vivir de esta manera en el límite? Y, sin embargo, vivir así es excepción dado que se vive como en un sueño por lo general, bien porque uno se entrega a la facilidad de no pensar (cosa a la que contribuyen, sin gran esfuerzo, las ideologías, que ayudan a permanecer en la superficie de uno mismo y aun en el exterior, a través de la fascinación de las ideas y de la distracción de las actividades); bien porque uno vive anegado en medio de la abundancia de informaciones sobre la actualidad que proponen los medios modernos de comunicación ⁽⁴⁾; bien

⁽⁴⁾ [Nota del A.] Estas informaciones no bastan, aunque no lo parezca, para vivir realmente, de otro forma que como actor y espectador automatizados por la gran maquinaria que es el mundo. Un conocimiento incluso exacto —lo cual es raro

porque, en fin, a pesar de la edad, uno se torna infantil bajo el peso cegador de sus conocimientos y de las rutinas paralizadoras de su función.

Vivir en el límite, con estas cuestiones a flor de conciencia, es también excepción porque, esta inteligencia de sí, de la condición humana y del Mundo (inteligencia de cuyo descubrimiento, por otra parte, nadie nos puede dispensar, ni tampoco de hacerlo a nuestro modo y a su tiempo, así como tampoco de tener que llevar y desarrollar dicha inteligencia durante toda la vida), el hombre la necesita recibir dado que generalmente no tiene a su disposición, al menos al comienzo, suficientes recursos espirituales; pero recibir no por enseñanza ni por imitación, lo cual sería radicalmente insuficiente, sino a través de un principio interior, como por una revelación íntima que sería como un cebo dentro de uno.

A veces, el hombre accederá a esta promoción esencial en el orden de lo humano si, gracias a lo que él es en su interior, se encuentra, en profundidad, con una persona que ya ha alcanzado este nivel espiritual en cierta medida; alguien cuya presencia él sabe acoger como el eco global en él de la realidad total de aquella persona. Sin embargo, con más frecuencia, el hombre logrará pasar este umbral que abre sobre lo humano, si se deja penetrar y como levantar por dentro por una comunidad cuyos miembros se reúnen fraternalmente con objeto de ser más conscientes y de vivir mejor, juntos, su condición humana. Una comunidad de este tipo tiene, por lo general, una irradiación mucho más potente, abierta y accesible, que la de un ser solo, aunque éste sea eminente.

y nunca seguro— de los sucesos que a diario barren la tierra resulta abstracto o sólo emociona durante un instante si éstos no se saben ver con la mirada del hombre que vive con suficiente interioridad y profundidad. Más allá de la contingencia de estos acontecimientos, pronto olvidados por muy dramáticos que sean, el hombre, hipnotizado por su masa y por su número, por las esperanzas y los temores que suscitan, arrastrado por el flujo veloz e irreversible del tiempo, no recibe de ellos ninguna inteligencia de su condición. Al contrario, esta oleada tumultuosa de informaciones se la esconde.

Su misma naturaleza lleva al hombre a descubrir junto con otros esta comunión en profundidad que va mucho más allá de los lazos sociales habituales. Esto sucede cuando se siente directamente conernido por los grandes acontecimientos de la vida, suyos o de sus más allegados: consolidación de la pareja, fundación de un hogar, paternidad y crecimiento de la familia, y también la enfermedad, la desgracia y los conflictos interiores decisivos. En momentos así, el hombre recibe, de esta comunión espontánea con todo ser que ha conocido las mismas situaciones y no las ha rehuído, un aumento de luz sobre cuál es en definitiva su condición y, además, un aumento de fuerza que le empuja a entrar en su destino y ser capaz de afrontarlo. El sentido de esta comunión de base es particularmente vivo e instintivo cuando los hombres están amenazados en su misma existencia ⁽⁶⁾. Una familiaridad real con la condición humana en su crudeza, y en particular con lo trágico a lo que conducen sin remedio las situaciones dramáticas con las que se topa toda existencia, debería ser el cemento y el fruto de una comunidad entre personas, base en la que los cristianos deben injertar su comunidad de fe.

La comunidad de fe en Jesús se injerta sobre esta comunidad de base

Una comunidad de base así entre hombres adultos y en pie, por su mero influjo sobre sus miembros, los levanta por encima de sí mismos igual como pasó entre Jesús y sus discípulos por la irradiación de éste mientras vivió, antes de que ellos fueran conscientes y formularan su fe en él. ¿No fue acaso una elevación de este tipo la que llevó a los discípulos a ver en Jesús el Mesías de sus esperanzas, más que una realización literal de ciertas profecías; realización en la que sólo

⁽⁶⁾ [Nota del A.] ¡Cuántos alcanzaron este sentido y esta comunión, sin haberlos buscado ni haberse preparado antes conscientemente para ello, cuando se encontraron totalmente desposeídos de aquello sobre lo que antes habían construido su vida, y no tuvieron ante ellos más que la esclavitud y la muerte! ¡Y cuántos de los que salieron sanos y salvos de estas situaciones extremas volvieron, sin embargo, a ser como antes porque no supieron cómo ser fieles a esas horas trágicas pero abiertas sobre lo esencial humano!

después cayeron en la cuenta, y que expusieron sistemáticamente sobre todo en vistas a la predicación? Jesús respondía a la esperanza irreprimible del hombre de cualquier tiempo y lugar por su presencia y por lo que ésta irradiaba ⁽⁶⁾.

Sólo esta comunión humana ante el destino puede dar a la comunidad de fe un asiento suficiente, amplio, sólido y bastante fundado en la profundidad del hombre, sobre el que ésta se levante hasta el nivel del misterio de Dios en Jesús. La comunidad de fe, anclada y arraigada en lo humano, permitirá a sus miembros alcanzar la estatura necesaria para poder reunirse en nombre de Jesús y recordarlo activamente, tal como hicieron los primeros discípulos tras la muerte del Maestro, en horas completamente marcadas por la vida de éste entre ellos y por su fin dramático, tan misteriosamente transformado en apoteosis. Esta reunión fraterna se adecuará tanto a lo deseado por Jesús que será capaz de conocer aquella presencia suya, prometida por él a los suyos. Además, en sentido inverso, la comunidad de fe aportará, a la comunidad humana de fondo y a sus miembros, nuevas posibilidades de profundización, pues Jesús es revelador del hombre para el hombre en la medida en que éste llega a ser su discípulo.

Trascendencia de la comunidad de fe en Jesús

Gracias a esta comunión auténticamente humana, los cristianos, cuando se reúnan «en su nombre» con viva conciencia de su

⁽⁶⁾ [Nota del A.] Era inevitable que, por una desviación de su sentido —tal fue la tentación en la que antaño casi todos sucumbieron después—, esta presencia pasase a interpretarse y a perderse entre las expectativas mesiánicas, las aspiraciones políticas y las perspectivas apocalípticas de aquella y de todas las épocas. Este desvío del sentido de su presencia, ¿no se plantea con fuerza en los periodos agitados o cuando el futuro parece amenazador? Este desvío permite cultivar un fervor religioso de baja calidad que logra encontrar en las Escrituras, sin dificultad, por una lectura carnal de ellas, la confirmación de aquello que o se tiene por seguro o se teme o se espera por motivos completamente distintos de la "esperanza fundamental" que no soporta verse precisada y con ello limitada por tales esperanzas. ¿No es esto lo que dificulta, por ejemplo, la lectura de los fragmentos que narran milagros?

condición (para lo que no hay necesidad de ser intelectual sino sólo hay que asumir noblemente el propio destino y ser hombre), serán transformados, a lo largo de su vida, tal como ocurrió con los discípulos. Su comunidad, centrada por completo en Jesús presente invisiblemente más allá de su presencia en cada uno de ellos, recibe una calidad nueva y como un nuevo ser que procede de la fe pues ella es la que la crea (⁷).

En sí misma, esta comunidad es “Iglesia” más aún que “de la Iglesia” pues no necesita que la Institución la organice. Si la Jerarquía la hubiese fundado por su autoridad, esta comunidad artificial, ni convocada por sus miembros ni surgida de ellos, pronto se habría degradado y disuelto. Ésta es la razón por la que la Iglesia debe reconocer a una comunidad de fe así; igual que dicha comunidad debe ayudar a la Iglesia a animar espiritualmente a su Institución, siempre tentada por el sobrepeso de materializarse en demasía.

La comunidad de fe, gracias a Jesús, trasciende la comunidad de base humana y es inmanente a ella, igual que el misterio de Dios respecto del misterio del hombre. Del mismo modo, la actividad de la comunidad de fe sobre sus miembros es a la vez trascendente e inmanente a las acciones que éstos realizan en y a través de esta comunidad. La actividad de la comunidad de fe, injertada en las acciones de sus miembros, dependiente e inseparable de ellas, no es, sin embargo, únicamente consecuencia ni de lo que estos hombres son individualmente en el plano espiritual, ni de lo que hacen por el mero hecho de hacerlo juntos. Por su actividad, la comunidad de fe en Jesús tiene una fecundidad propia en sus miembros y en su entorno; una fecundidad que depende y es inseparable de la eficacia intelectual y afectiva, de naturaleza sociológica, que logran idénticas acciones en una asamblea cualquiera, pero que aquí es también de otro orden pues está en relación directa con el misterio del hombre y de Dios.

(⁷) [Nota del E.] Fin del texto publicado en el *Cuaderno 4*.

*La renovación de la Cena es la clave de bóveda
de la comunidad de fe*

La «última cena», la cena del adiós, fue la reunión donde se confirmó, por la potencia misma del hecho, la promesa de Jesús de que él estaría con ellos allí donde se reunieran dos o tres en su nombre. Todo lo que había ocurrido entre Jesús y sus discípulos (lo que él les había dicho y había hecho, y lo que ellos también habían dicho y hecho) se tornó portador de la presencia del Maestro en medio y dentro de ellos; de suerte que Dios mismo, a través de la totalidad de su humanidad y como por una especie de transfiguración completamente interior, estaba presente en el mismo movimiento que los unía a Jesús y entre sí.

Rápidamente, los añadidos que las tradiciones recibidas y la mentalidad reinante injertaron en este momento único de comunión ayudaron a que tanto los que estuvieron en el último cenáculo como los primeros convertidos pudiesen hacer brotar de nuevo la misma presencia de Jesús en la renovación de la Cena; presencia que, sin igualar la plenitud de aquella única hora última, no era menos real y eficaz a su manera. Modelada por el ser y la fe de aquellos primeros cristianos, les confirmaba el sentido y el espíritu de su vida, y los consolidaba en la fidelidad.

Igual puede suceder hoy cuando una comunidad de fe se reúne para volver a hacer y decir lo que entonces se dijo y se hizo, cuando se esfuerza por revivir lo que entonces se vivió, y consigue así franquear los siglos y alcanzar a hacerse actual lo que para ella es el acontecimiento capital de la historia de los hombres. Como en los primeros tiempos, una comunidad de fe actual sólo puede hacer esto en el marco de su propio universo mental, tan diferente del de las primeras generaciones de creyentes por sus conocimientos de todo tipo acerca del hombre y del mundo, y por los horizontes que estos conocimientos hacen entrever, y que son de una magnitud sin proporción con los de los comienzos de la era cristiana. No hacerlo en este marco sería incumplir algo estrictamente necesario, un deber y una respon-

sabilidad ineluctables pues, de lo contrario, esta comunidad, incluso bajo la moción de Dios, no podría acceder, tanto como sería posible y aun necesario, a la intelección de lo que pasó verdaderamente en aquella hora, solemne entre todas; solemne por lo que se terminaba y se consumaba en lo secreto, así como por lo que se anunciaba y se fraguaba oscuramente a través de una elevación y de una tragedia que agotaron hasta el fin (por desposarla completamente) la grandeza posible del hombre y de su destino, así como la grandeza de Dios y de su acción en el Mundo.

Gracias a la profundidad humana y a la potencia de la fe de sus miembros, esta comunidad, cuando se reúne «en su nombre», vuelve a encontrar la presencia prometida justo en el mismo movimiento que le hace desearla y responder a ella; y recibe el fruto de dicha presencia justo en el mismo movimiento que le hace comulgar con ella. La eficacia de esta presencia se ajusta a la talla de la realidad espiritual de los miembros de la comunidad de fe, sin ser sólo su consecuencia. Importa afirmar que la medida de lo que los cristianos reciben íntimamente de la renovación de la Cena se ve más en la profundidad humana y en la fe de éstos, inseparables de las de la comunidad, que en su moralidad, evidentemente necesaria pero sobre la que se ha insistido casi siempre en exclusiva. Hoy, lo mismo que al comienzo (y las crónicas, por desgracia, no hacen sino corroborarlo reiteradamente), hay que afirmar que una comunidad de fe sólo puede subsistir en su nivel propio, desarrollarse en su línea fundamental e irradiar la luz que penetra y que apela en profundidad, si se aplica especialmente a la renovación de la Cena conforme al espíritu que presidió los últimos instantes de Jesús con los suyos, gracias a un nivel humano suficientemente elevado y a la fe de sus miembros.

Desde hace demasiado tiempo, casi desde los orígenes, la misa («la celebración de los misterios»), por más que se la relacione con la muerte de Jesús y con el sacrificio de su vida por fidelidad a su misión, se concibe, sobre todo, dentro de una perspectiva principalmente teológica, heredera de la idea de sacrificio ritual que imperaba en Israel, a la que las Epístolas y los textos litúrgicos de los Evangelios

hacen eco de forma importante. Sólo un culto semejante era posible entonces pues se adecuaba a las costumbres religiosas de los judíos y de los paganos. Y, si luego se perpetuó a través de los siglos, fue por el respaldo del origen casi divino que, a todos los usos litúrgicos de las primeras comunidades, se les atribuyó sin distinciones ni matices.

Poco a poco, sin embargo, este culto fue perdiendo la adecuación que lo hacía espiritualmente fecundo en un primer nivel. Los hombres evolucionaron bajo la presión de los siglos; presión de la que Dios no es ajeno. Actualmente, los hombres, incluso si son religiosos por sus disposiciones íntimas y por sus recursos personales, ya no se sienten llamados a las formas de piedad de antes, ni éstas los alimentan como antes. En lugar de hacer de la misa el centro de su vida, los cristianos ven en ella la acción sagrada central de una religión establecida por decreto, por una autoridad que reclama para sí ser de Dios.

Entonces, los cristianos, a los que nadie ha llamado a enraizar la renovación de la Cena en la trama misma de su existencia pues sólo se les obliga a asistir a la misa dominical por obediencia, se vinculan a dicha práctica más por sentimentalidad devota y por respeto supersticioso que por vitalidad humana e inteligencia espiritual. Nadie se ha esforzado en hacerles descubrir la fe y el fervor a los que dan forma esta vitalidad y esta inteligencia; y que les permitiría entrar, a su manera y conforme a sus posibilidades personales, en el misterio de la vida y de la muerte de Jesús. La desaparición del clima social de tipo sacral propio de la cristiandad ha ocasionado que, en estos tiempos nuestros de rápida transformación, se produzca una grave desafección hacia la misa, disimulada apenas por una asistencia de disciplina y de conservación, que aún persiste en parte.

Sin embargo, los cristianos, en su conjunto, tendrían que poder alcanzar la profundidad humana que les permitiera reunirse en nombre de Jesús igual que los discípulos de los primeros tiempos; y hacerlo con la fe que éstos recibieron en su profundidad a través del contacto con Jesús; fe que luego desarrollaron, por su fidelidad después

de su muerte, y de la que vivieron después con todo su ser. Los cristianos podrían hacerlo ahora a partir de una progresiva toma de conciencia de la condición del hombre, unida a una primera emancipación de las supersticiones instintivas y populares (siempre dispuestas a reactivarse sin embargo), y dada una primera liberación de los espejismos sociales y políticos, tan rápidamente desvanecidos como siempre prestos a volverse a formar, pese a todo.

La Cena en la comunidad de fe en Jesús

Al contrario del culto que ocupa un lugar central en el conjunto de las religiones, y en el que el ceremonial, bajo todas sus formas, adquiere una importancia capital y requiere una orquestación afectiva e intelectual considerables, además de suponer, por definición, una asistencia numerosa, las «celebraciones domésticas» de las comunidades de fe, con su pobreza de medios de su expresión litúrgica y el número reducido de sus participantes, son especialmente aptas para la renovación de la Cena en un espíritu parecido al que animó a esta renovación durante los primeros años posteriores a la muerte de Jesús ⁽⁸⁾.

Dentro de su sobriedad, estas celebraciones domésticas pueden concentrarse por entero en la memoria de aquella cena última, inseparable de todo lo que la preparó y que ella concluyó, así como de todo lo que vino después y que ella anunció:

⁽⁸⁾ Hay que reconocer que, por reacción contra el formalismo y el carácter ritualista en extremo de las misas, las primeras celebraciones domésticas no revistieron la forma hondamente espiritual y de respeto que es de todo punto necesaria. Se hicieron a veces en climas un tanto bohemios, y se inspiraron de forma sistemática y a ultranza en la «comida de amigos» o en la «fiesta». No eran excesos nuevos en el cristianismo pues haberlos, los hubo ya en los orígenes. Otros hubo, además, a los que, por no ser tan llamativos, no se les prestó tanta atención pese a estar muy generalizados y extendidos. Entre ellos, por ejemplo, el uso abusivo de la reserva eucarística, que sólo debería usarse en casos urgentes y que tiende a falsear el sentido de la misa ante muchos fieles que no ven la misa sino como el acto de fabricación de una «presencia real de Cristo» y de un sacramento. Y también la comunión de los fieles fuera de la misa cuando esto

... los meses de esperanzas, de luchas, de sufrimientos y de pasiones, meses felices y densos, ardientes y peligrosos, creadores, paso a paso, de una vida y de un mensaje cuya profundidad y cuya necesidad ineluctable todavía no han llegado a calibrar los siglos posteriores, aunque a primera vista ambas parecen proceder de la utopía «cuando se conoce a los hombres».

... el tiempo singular, inmediatamente posterior a la muerte de Jesús, con los carismas de la resurrección: las visiones, los sueños arraigados en la fe, expresiones adecuadas de lo que los hombres vivían en profundidad y eran capaces de pensar explícitamente, sobre lo cual podían confortar su fe, expresarla a través de todo ello convenientemente y comunicarla eficazmente a su alrededor.

... la explosión espiritual de Pentecostés: los dones de todo tipo, justo lo que entonces necesitaban las iglesias para constituirse a partir de los medios y de las posibilidades de sus miembros, a fin de dominar las dificultades internas y externas, y perseverar e irradiar.

se generalizó como una costumbre. Como ocurre con todos los excesos que son una reacción frente a la rutina, una reacción sana por otra parte ante una situación de hecho, estas formas recientes, ciertamente inconvenientes, pronto fueron marginados bien porque los cristianos que se dejaron llevar por ellos durante un tiempo los han condenado, bien porque han abandonado rápidamente toda actividad religiosa.

Las celebraciones domésticas, cuando una comunidad de creyentes estable y de talla humana las vive de forma regular y con suficiente frecuencia, de manera que sus miembros se conocen así en un clima fraterno, constituyen indudablemente un progreso, respecto de las misas parroquiales, a pesar de que en éstas se prodigan los esfuerzos por mejorar la participación. Las celebraciones domésticas preparan el renacimiento espiritual que necesita la Iglesia para ser digna de su misión. Le abren el camino. Sin embargo, las expresiones, a veces espontáneas, que adopta la plegaria, deberían ser de extrema sobriedad. *La discreción es una cualidad distintiva de la vida espiritual a la que no pueden inflamar indebidamente movimientos no dominados de afectividad, de alarde y de desahogo.* El recogimiento y el silencio plenos son más adecuados al espíritu de la liturgia de la renovación de la Cena que las plegarias improvisadas. Obviamente, esta sobriedad necesaria también excluye los «sermones» que tienden a multiplicarse antes de cada oración.

Cuando los chicos de una edad suficiente participan en intercambios sobre los

... la exaltación de Jesús, su retorno glorioso, perceptible en una acción que, desde hace veinte siglos, se manifiesta secreta y continuamente a través de algunos discípulos, a pesar de los pesados lastres del gran número y de las defecciones y las traiciones pues, ¿a cuántos creyentes no paralizaron y sedujeron los prejuicios y prestigios de todo tipo, la zarabanda de las construcciones intelectuales y los espejismos de los sistemas de pensamiento, la fascinación del poder social y político, o la seducción de los «poderes religiosos», aún más sutil? Y, sin embargo, pese a todo, en cada generación, algunos hombres nacen con un nacimiento nuevo, pasan el umbral de la vida espiritual y de la fe, y llegan a ser «hijos de Dios, coherederos de Jesús»...

La comunidad de fe y la parroquia

Las eucaristías domésticas, celebradas con la simplicidad de la vida cotidiana, justo allí donde viven los miembros de una comunidad de fe, posibilitarán que éstos lleguen a ser discípulos dignos de su Maestro sin dejar de ser plenamente gente de su medio y de su tiempo. Harán posible, además, alguna celebración más numerosa, en la medida en que la parroquia sea, de alguna forma, la federación local de las comunidades. Esta celebración más numerosa, mediante un oficio más solemne, debería servir para dar a la fe un suplemento de representación, imagen de la vasta comunión que constituye lo esencial de la Iglesia; comunión que no sólo abarca el Mundo de ese mismo momento, sino el del resto de los siglos; un culto donde un cierto hieratismo tiene un sentido no sólo por el respeto de las formas

textos litúrgicos del día, reciben, en estas celebraciones domésticas, una formación religiosa irremplazable que no les puede dar ni la familia ni las catequesis mejor llevadas. El padre y la madre no están en la mejor situación para dar esta formación directa y explícitamente a sus hijos, como tampoco ninguna forma de escolarización. Ciertamente, el clima familiar es de suma importancia para el futuro religioso del chico, aunque no lo parezca por ahora. Es una herencia que se remite a un término más o menos lejano... En cambio, el joven puede hacer más caso que a sus padres a algunos de los adultos que conoce y frecuenta en su comunidad de fe, y esto puede introducirle mejor que nada en una religión ya personal.

y las rúbricas, sino porque ayuda a que el cristiano comulgue con las generaciones pasadas y sus tradiciones, y herede de su piedad pues, a pesar de las distancias de todo tipo que lo separan de ellas, desciende de ellas.

Estas comunidades de fe de ningún modo deberían sentirse como cuerpos extraños ni en la Iglesia institucional ni en las parroquias en la medida en que sus miembros, conscientes de ser discípulos de Jesús y no sólo adeptos de una confesión ideológica, sean conscientes asimismo de lo que le deben a la Iglesia actual, heredera y continuadora de la del pasado, sin la que ellos no serían lo que son; y, además, se esfuercen en entrever lo que Jesús deseó para los suyos y éstos comprendieron a su manera y realizaron como pudieron cuando fundaron las primeras iglesias.

No es que en general la tentación insensata actual de segregación se evite del todo de este modo pues, si no se está atento, es difícil que la fe no derive ni se degrade en adhesión a una manera de creer sólo intelectual o afectiva. La Autoridad eclesiástica, por su parte, favorece, incluso involuntariamente, esta tendencia centrífuga cuando, ante las comunidades domésticas, mantiene una actitud escéptica y de reserva, que roza la reprobación y la censura. Para que los cristianos dominen esta tendencia nefasta, centrífuga en unos y de censura en otros, es esencial que al fin descubran, unos y otros, la realidad concreta de la Iglesia, sobre todo aquellos a los que sólo se les ha enseñado lo que ésta era en la doctrina, según los «planes de Dios». Su ignorancia en este campo es inmensa, de la misma magnitud que la falta de formación y de interioridad que ha llevado a muchos a una práctica sólo colectiva y disciplinar de una religión que, por el contrario, debe ser esencialmente personal y de libertad, lo cual es su originalidad fundamental.

El trabajo de formación intelectual y espiritual en la comunidad de fe

En la actualidad, para ser discípulo y no sólo creyente por inercia y por rutina (algo que será cada vez más raro después de todo), un

hombre de cultura media, sin necesidad de haber cursado estudios más avanzados, necesita tener una visión suficientemente seria, y no sólo apologética, sobre la elaboración de las Escrituras a las que la Iglesia siempre se ha remitido, y sobre la formación de las primeras comunidades en las que, muy rápidamente, se constituyó lo esencial de la Institución.

También es muy importante que este cristiano conozca, sin necesidad de recorrer con detalle toda la historia de la Institución ni sus desarrollos y avatares a través de los siglos, lo que pasó en los últimos cien años, pues ahí es donde se concentran y entrelazan todos los elementos acumulados durante siglos, muchos de ellos consecuencia de sus deficiencias, que han causado la enorme crisis que la Iglesia está atravesando ahora. Tales estudios, hechos con seriedad pero con un espíritu completamente distinto al que se someten los especialistas de la exégesis, la historia o la sociología con razón, son necesarios para completar la formación moral y doctrinal, sobre la que normalmente se insiste de forma exclusiva en las instrucciones catequéticas y en los sermones que, sin dichos estudios, resultan insuficientes por carecer de sentido histórico.

La misma formación moral y doctrinal no puede ser sólo objeto de una imposición autoritaria. La Iglesia debe esforzarse en ayudar a descubrir el fundamento humano de la moral, así como su génesis a través de la historia de la doctrina. Así es como aparece la verdadera significación, el alcance concreto y actual de su enseñanza y disciplina, que a menudo lo vetusto de la formulación disimula, y que el peso de los usos del pasado lleva a desconocer ya que estos usos modificaron gravemente e incluso a veces anularon dicha significación y alcance. Importa sobremanera además que cada uno descubra, para su propio uso y perseverancia, mediante una actividad personal que ni la obediencia ni la docilidad pueden remplazar, la razón de ser y la conveniencia de la moral y de la doctrina de la Iglesia.

Es capital comprender bien el modo de la acción de Dios en el Mundo, sobre todo en el frente avanzado donde se inician los pro-

gresos de la vida espiritual, y, particularmente, en lo que la Iglesia denomina la Revelación, de la que la persona y la vida de Jesús, más que el mensaje evangélico, son la piedra angular y, más aún, la clave de bóveda. Acción real pero indirecta, sin duda escondida, de una discreción a la medida de la fidelidad que ella exige para no ser traicionada sino puesta al día, comprendida y explicitada a su nivel, tanto como lo permiten las posibilidades generales del momento; acción continua, que procede mediante una sucesión perseverante de toques y de impulsos, todos ellos demasiado interiores como para discernirlos desde fuera y reconocerlos de entrada con autoridad, y que proceden de la fe así como de la atención e inteligencia íntimas; acción continua, que promueve una sucesión, de ritmo irregular e imprevisible, de exigencias personales y de emergencias a la conciencia clara en bastantes que, más que agentes, son sujetos de dicha acción; todos ellos, advenimientos a menudo contemporáneos y convergentes, y, sin embargo, radicalmente independientes unos de otros.

Hay que llegar a comprender qué fervor y qué fe animaban a los evangelistas y a los apóstoles, sin ignorar la complejidad y la ambigüedad de la formación de las Escrituras y de la fundación de la Iglesia. Si adquirimos el sentido de un empuje y de una llamada tan secretos pero tan activos, continuamente enfrentados a las inercias, los lastres y las desviaciones humanas pero sin cesar retomados, no caeremos en la tentación de una certeza y de una seguridad demasiado amadas por sí mismas; ni simplificaremos la acción de Dios de forma exagerada, hasta el punto de negarla donde opera verdaderamente pero de una forma diferente a la que imaginamos; ni seremos sordos a ella en el momento en que llame y nos requiera. Aparente fruto de la fe, esta forma paradójica de negar la acción de Dios, aún muy corriente, permite que hagamos, de las Escrituras y de la Institución, unas realizaciones tan pura y exclusivamente divinas que se convierten en ídolos que distraen de Dios y conducen a callejones sin salida. Tal es el caso de la lectura fundamentalista de los textos sagrados, o el de la obediencia interior incondicional a una autoridad que se impone en

nombre de una infalibilidad divina. Son idolatrías y desviaciones de las que el Mundo moderno sólo sabe liberarse dejándose llevar y negando lo que hay de valor indudable en dichas Escrituras y en dicha Institución, pero que muchas veces se ha deformado y otras se ha traicionado por sacralizar, equivocadamente, la letra de las Escrituras, las decisiones de la Institución y la totalidad de las motivaciones que están en su origen.

Por otra parte, gracias a esta inteligencia espiritual de la acción de Dios en el mundo, podremos lograr asimismo cierta capacidad de descifrar los signos de estos tiempos en los que, bajo los escombros de ayer, despuntan los primeros brotes de la Iglesia de mañana. Sólo así podremos colaborar útilmente en este renacimiento y nuevo nacimiento.

También es fundamental comprender bien la naturaleza de la unidad de la Iglesia, que ésta debe inventar a partir de la extrema diversidad de los hombres, y también desarrollar según su cualidad propia, a través de tiempos y lugares, vista la continua transformación de las sociedades. Esta unidad es radicalmente diferente de la que es condición de posibilidad de cualquier otro colectivo. Hace falta mucha fe y mucho coraje para reconocer la originalidad de fondo de esta unidad; más cuanto mayores son las responsabilidades que se tienen en la Iglesia.

Entrever esta unidad de orden espiritual, que depende específicamente de la fe en Jesús y no de una política determinada, ni siquiera divinamente inspirada, pasa por mirar de descubrirla a través de la relativa heterogeneidad de las iglesias apostólicas, a través de sus orientaciones doctrinales, diferentes y en cierto modo complementarias si no se llevan hasta el extremo (orientaciones que distinguen y que llegan a oponer entre sí a las comunidades fundadas por Pedro, Santiago, Pablo y Juan); y también, por último, a través de las controversias y polémicas, no demasiado educadas ni caritativas, que reflejan las Epístolas, los Hechos de los Apóstoles, el Apocalipsis, más

algunas insistencias y omisiones de los Evangelios.

Tampoco hay que ignorar la multiplicidad y variedad de las tentativas de explicitar doctrinalmente a Jesús; sistematizaciones intelectuales enfrentadas a la concepción monoteísta de Israel pero también a la idea normalmente muy «extrinsecista» que Israel se hacía de la trascendencia divina; construcciones ideológicas requeridas por las gnosias filosóficas y las religiones místicas de aquella época, que también inspiraron sus expresiones, si no sedujeron su fondo. Esta multiplicidad y variedad es señal de la vitalidad de las iglesias de los orígenes, de la potencia del fermento que las trabajaba, y no del caos al que, «gracias a Dios», una autoridad suficientemente fuerte y centralizada en Roma habría logrado poner remedio al reducirlo a una ortodoxia.

A través de todas estas visiones sobre la historia de los orígenes del cristianismo, podemos captar el sentido de la unidad de fe, propia de la Iglesia, y reconocer la totalidad orgánica de ésta más allá de la diversidad de las doctrinas y a través de la multiplicidad de las comunidades; diversidad y multiplicidad que parecen condenar a la Iglesia a la dispersión y al desparramamiento a los ojos de quienes no creen bastante en la acción de Dios en los cristianos y ponen su esperanza sólo en la eficacia del ejercicio de la autoridad. La universalidad de la Iglesia es incompatible con una dominación de tipo secular sobre los corazones y las mentes. Si, por algún tipo de tiranía política, esta dominación se diese de forma duradera, comportaría la mutilación de las posibilidades espirituales de los hombres y el abandono de las profundidades humanas, que se dejarían en barbecho; por lo que dicha dominación obraría a favor del fracaso de Dios.

En fin, para comprender bien no sólo la razones próximas de la crisis actual de la Iglesia sino también las que, desde hace tiempo, influyen en la desafección del Mundo, que no vale atribuir únicamente a los pecados de los hombres, hay que conocer las luchas, a menudo dramáticas, de la época del modernismo de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Hay que informarse de los sufrimientos y

humillaciones que se infligieron a algunos cristianos de entre los mejores o, en todo caso, de entre los más lúcidos y valientes. Ciertamente, estos hombres se equivocaron a veces en su manera de ver las cosas o de comportarse; lo cual, además de humano, es casi inevitable en medio de la exasperación de las controversias que endurecen las posiciones y exacerban los enfrentamientos.

La Iglesia oficial organizó posteriormente, además, un verdadero apagón informativo (black-out) para dejar a los cristianos de hoy sin memoria, en la ignorancia de las costumbres untuosamente políticas y brutalmente eclesiásticas que se dieron en aquella época de una crisis que, según decían, sólo afectaba a algunas ovejas descarriadas, a algunos intelectuales que «siguen sus propias apetencias y están ávidos de lo que adule a sus oídos». Aquellos cristianos fueron derrotados, fueron expulsados o puestos a la sombra, y la consecuencia es que la Iglesia se encuentra hoy en un profundo desconcierto intelectual que llega a minar la fe de muchos, incluso si no quieren reconocerlo.

Con todo, si la Iglesia, aun sin reconocerlo ni confesarlo, comenzó, hace cincuenta años, a tomar conciencia de sus errores y de sus desviaciones pasadas, fue, precisamente, gracias a estos creyentes que tomaron sobre sí, como su misión, consagrarse a esta esencial tarea crítica. A partir del Vaticano II, la Iglesia ha cambiado más, en sus maneras de comportarse e incluso de enseñar, que durante un número importante de siglos, y esto pese a que la mutación que urgentemente necesita no está todavía en marcha (antes al contrario) al final del pontificado actual (°).

Hay que heredar el valor y la fe de aquellos hombres cuya pasión era la integridad intelectual; integridad que no creyeron que fuese incompatible con la fe sino que comprendieron que la misma fe era la que la exigía, para ser real. Hay que seguir los pasos de

(°) [Nota del E.] Como el texto es de antes de 1975, Légaut no se refiere aquí al pontificado de Juan Pablo II sino al de Pablo VI.

aquellos que no desesperaron de la Iglesia para poderse contar uno entre los obreros útiles de los tiempos por venir, de los que ella saldrá, además, purificada y victoriosa de las aparentes victorias que creyó conseguir reduciendo a la impotencia a un gran número de sus mejores servidores ⁽¹⁰⁾.

Los cristianos necesitarán mucho valor y tenacidad para consagrarse a tales estudios a lo largo de la vida, lo cual incluye reflexionar y meditar a la luz de una honda experiencia de hombre, necesaria para que dicho estudio sea útil. Incluso si se reconoce lo provechoso de este esfuerzo, la mayoría carece de la fuerza de entregarse individualmente a él con perseverancia y de por vida. También por esto es imprescindible pertenecer a una comunidad.

Pertenecer a una comunidad de fe es exigente

No obstante, la comunidad de fe sólo será verdaderamente eficaz para sus miembros, tanto en el plano de su cultura religiosa como de su interioridad y de su vida de fe, si éstos se obligan a formar parte de ella de forma estable y a reunirse con suficiente frecuencia.

Esta estabilidad y frecuencia son hoy dos condiciones particularmente exigentes dado que la sociedad industrial y urbana es totalmente desfavorable por la movilidad y actividad extremas que impone. Esta estabilidad y esta frecuencia sólo se pueden mantener si se reconoce la necesidad imperiosa de la comunidad para ser cristiano, y si se es capaz, gracias a una imaginación y determinación muy personales, de los sacrificios importantes que ambas exigen: sacrificio de situaciones sociales mejores, sacrificio de otras ocupaciones interesantes y útiles, de distracciones merecidas y educativas, de vacaciones agradables e instructivas; sacrificio, en fin, de una cierta intimidad familiar (algo que cada cual debe medir en conciencia, sobre todo respecto de los hijos).

⁽¹⁰⁾ [Nota del A.] Ver Anexo sobre la crisis modernista. [Nota del E.] este Anexo se publicó en *Cuadernos de la diáspora* 18, Madrid, AML, 2006, p. 33-42.

Antes de que estas comunidades pasen, de manera suficientemente generalizada, a ser habituales en el cristianismo (cosa que tardará en suceder, y no será sin superar antes la reticencia de los adultos instalados en la vida y lastrados por la experiencia), hará falta mucho carácter, así como una fe muy arraigada, para perseverar en esta vía que en seguida a muchos les parecerá utópica, a pesar del atractivo que tiene y que los jóvenes captan al comienzo. Por eso los escépticos, más que en su necesidad imperiosa y en su fecundidad irremplazable, insistirán en sus peligros (espíritu de secta, de capilla cerrada sobre sí, de torre de marfil elitista).

Las parroquias actuales, aunque se renueven de forma inteligente, no pueden asegurar el futuro de la Iglesia. Lo más que pueden hacer es retardar y desacelerar la regresión religiosa. Pero se engaña quien espere más de ellas. El futuro depende esencialmente de la multiplicación de las comunidades de fe que, lejos de competir con las parroquias, las lleven a su transformación. Tal debe ser la razón suficiente de que un cristiano se decida a afrontar los sacrificios que impone la fundación de estas comunidades y sobre todo su perseverancia. Estos sacrificios, que sin duda pesarán gravemente sobre su forma de vivir, también le ayudarán a encontrar su misión, sin la que sus días estarían condenados a transcurrir en medio de un cierto vacío, y a revelarse en su nada al cabo de los años.

Este cristiano, si se adentra por este camino, estará en la línea de las generaciones de creyentes que mantuvieron a la Iglesia, durante los primeros siglos, al precio de sus sufrimientos, incluido el martirio, y en medio de persecuciones cuya potencia hubiera debido destruir de cuajo el cristianismo, tal como ocurrió de hecho en bastantes regiones. La amenaza de hoy es también decisiva, e incluso superior de cara al futuro, dada la repercusión global de todo hoy en día. La misma existencia de la Iglesia, más allá de una supervivencia marginal y folklórica, descansa, única y exclusivamente, en sus miembros, en su fidelidad en la fe en Jesús; fidelidad tan exigente como antaño, a pesar de que debe ejercerse de otro modo.